

SALUDO A LA REVISTA DE OCCIDENTE

Las gentes de mi edad llegaron con unos diez años de retraso a ponerse al día en la Revista de Occidente. Sin embargo, nos pareció toda ella traspasada de una actualidad perfecta, como un repertorio vivo de ideas y de imágenes contemporáneas que en adelante iban a orientar nuestras lecturas, abrir preguntas, aclarar posiciones, destruir rancios mitos y sugerir acaso otros nuevos. Hacia 1935 —si me remito a mi experiencia personal—, escritores que hoy están en la década de los 40 empezamos a frecuentar la Revista y a nutrirnos con sus inconfundibles ediciones. Se ha dicho ya todo, o casi todo, acerca de la honda influencia que Ortega ejerció, por este medio, en la formación intelectual de las juventudes de España y de América, enriqueciendo los contenidos de la cultura superior, ensanchando sus límites y universalizando el paisaje excesivamente afrancesado de las élites vernáculas. Existe plena conciencia de cuánto hicieron él y sus colaboradores por despertar actitudes de auténtica modernidad.

En cierto modo, la Revista de Occidente fue una escuela nueva de pensamiento. Entre los 15 y los 20 años, nos hallamos muchos jóvenes chilenos —Jorge Millas, Félix Schwartzmann, Nicanor Parra y tantos otros— con que la Revista nos abría el tesoro de las mejores creaciones de post-guerra, que nuestros maestros en general ignoraban, desde un Einstein, un Heisenberg o un Planck hasta James Joyce, Virginia Woolf, Franz Kafka o Rainer María Rilke. No nos era tan fácil encontrar en una sola revista que nos fuera accesible tan vasto registro de incitaciones, desde que no era corriente que cayeran en nuestras manos la Nouvelle Française o Horizon, para no mencionar sino a dos publicaciones que pudieran parecersele. Por lo demás, la Revista de Occidente fue otra cosa que ellas, como que el propio Ortega representó un tipo de gran escritor que no tiene paralelo entre los editores de periódicos y libros. Un pensador de su categoría con tan grande y bien modulada sensibilidad literaria y artística y tan vibrante información del mundo contemporáneo, es rara, rarísima avis.

Resulta sorprendente, a la distancia, comprobar que, gracias a él y a esa versatilidad suya, en su género admirable, sus lectores de len-

Año I

N.º I

Revista de Occidente

Director:

José Ortega y Gasset



Sumario

*** *Propósitos* * PÍO BAROJA: *Una feria de Marsella* * J. ORTEGA Y GASSET: *La poesía de Ana de Noailles* * JORGE SIMMEL: *Filosofía de la moda. Nuevos hechos, nuevas ideas.*—ADOLFO SCHULTEN: *Tartessos, la más antigua ciudad de Occidente.*—FERNANDO VELA: *El individuo y el medio: nuevas ideas biológicas.*
CORPUS BARGA: *La humanidad de espaldas.*

NOTAS.—ANTONIO ESPINA: *Libros de otro tiempo* (Galdós, Matheu) * A. E. GERAZO DINGO: *Soria* (poesías) * ALFONSO REYES: *Espronceda* * A. MARICHAËR: J. Cocteau, *Le grand écart* * C. B.: «La noche de Babilonia», por Pablo Mirand (en *fermé la Nuit*). C. B.: En torno a los tablados de Europa * ASTERISCOS * LA FLECHA EN EL BLANCO * BIBLIOGRAFÍA.

Precio: 3,50

Madrid

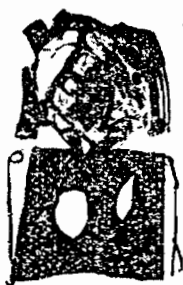
Julio 1923

Año I. 2.^a ép.

N.º 1

Revista de Occidente

Fundada por
José Ortega y Gasset



Sumario

XAVIER ZUBIRI: *El hombre, realidad personal* * R. OPPENHEIMER:
Necesidad de nuevos conocimientos * L. DE BROGLIE: *Un
prefacio* * F. GARCIA LORCA: *Elegía a María Blanchard*
VICTORIA OCAMPO: *Releer, reincidir, agradecer*
ANTONIO ESPINA: *Ramón, genio y figura*
FERNANDO CHUECA: *El Escorial a través
del espíritu de su fundador.*

NOTAS.—PEDRO LAÍN ENTRALGO: *Sobre el diálogo y sus condiciones* * J. L. SAM-
PEDRO: *Los economistas no hacen milagros* * RAFAEL LAPESA: *Borges en Madrid.*
CRÍTICA DE LIBROS por P. GARAGORRI * J. A. MARAVALL * J. L. ARANGUREN.

Víctima de ANTONIO SAURA

50 ptas.

Madrid

Abril 1963

SALUDO A LA REVISTA DE OCCIDENTE

gua española conocieron antes que los franceses o ingleses a filósofos como Husserl, Simmel o Scheler y a escritores como Kassner. ¿No acaba de recordar Henri Michaux haber descubierto a Kafka en la Revista de Occidente? De tantos distantes, imprevistos encuentros iba saliendo una imagen dinamizada de lo contemporáneo.

Cuando saludamos ahora con emoción real la reaparición de la Revista de Occidente, tras un silencio de 27 años, dirigida con reverencia filial por José Ortega Spottorno, hijo del maestro, reconocemos también las dificultades de la nueva empresa, que viene a hincar sus raíces en terreno histórico tan trastocado. El cielo de 1923 estaba atravesado por nubes amenazantes, que nadie sabía a ciencia cierta si presagiaban o no tempestades y catástrofes. A muchos les parecían los restos núdfragos del siglo XIX, que serían reabsorbidos por el aliento irrefrenable de la nueva modernidad. El nuestro es, en cambio, un cielo paradójicamente oscurecido por un fijo resplandor que a no pocos parece el anuncio del fin, por lo menos del fin de esa cultura de Occidente bajo cuyos signos emblemáticos colocó Ortega a la novísima Revista. El designio de universalidad que él promovió con ella se ha convertido hoy en urgencia trágica de un entendimiento siquiera mínimo entre culturas y regímenes políticos en apariencia opuestos. La inmensa mayoría de los acrecentados lectores del mundo no se interesaría hoy por los temas de la Revista de entonces y se burlaría de su noble propósito de llegar a una gozosa y serena contemplación de las ideas y del arte. Se dirá que éstos no fueron tampoco sus lectores en aquel período. Cierto. Pero muchos de sus jóvenes devotos de esa época, por motivos no siempre intelectuales, habrán hoy desertado de sus filas.

No por eso es menos necesario —por eso mismo lo es más— perseverar en el valiente afán orteguiano de ver claro, aunque el peor ciego sea el que no quiere ver. La responsabilidad que pesa sobre los continuadores de hazaña tan considerable resulta siendo máxima, no sólo por la obligación de alta calidad que les incumbe —bien satisfecha en este sustancioso primer número—, sino porque tendrán que mirar hacia estos nuevos abismos, planicies y cimas del mundo moderno con esa amplia sagacidad de ave procelaria con que el maestro concibió y mantuvo a su Revista de Occidente, a la cual tanto debemos y queremos seguir debiendo en estas tierras americanas.

LUIS OYARZÚN